

# Más acá de la literatura

M i g u e l F e r n á n d e z

HACE MÁS DE TREINTA AÑOS QUE LA EDITORIAL NACIONAL de Cuba publicó la obra príncipe de Alexander Isaevich Solzhenitsin. Ninguna otra ha visto la luz entre nosotros, pero el autor no fue olvidado: el alemán Harry Thürk con *El acróbata* (Arte y Literatura, 1986) y el checo Tomas Rezac con *La espiral de la traición de Solzhenitsin* (Arte y Literatura, 1987) pudieron comunicarnos, en sendas traducciones al castellano, la intención publicística de tenerlo al menos como enemigo.

Es la misma tesis, pero vuelta al revés, que adelantó el *Times Literary Supplement* en su comentario sobre la concesión del Premio Nobel (1970): los libros de Solzhenitsin «han sido recibidos por cerebros vigorosamente lavados para que se lean de manera que intensifiquen el significado político y la atención antinatural en el autor». Mas *Un día en la vida de Ivan Denisovich* (1963) sigue la mejor tradición de la literatura rusa. El héroe de mi cuento—escribió Tolstoi—es la verdad. En su diario de guerra Solzhenitsin había fustigado ya la atmósfera irreal prevaleciente entre muchos escritores soviéticos. Esta postura crítica llegó a formar parte de los cargos penales en su contra, como reconoce el fallo del Tribunal Supremo (URSS) que lo rehabilitó en 1956. (Cuando entra en la escena literaria, el autor no tenía otros fines que contrarrestar aquella prosa bien alejada de lo concreto, así como restablecer una suerte de compromiso con la experiencia vital.

Las memorias de Nadezhda Maldelstam explican cómo el temor de su marido a que se perdiera el testimonio del pasado, dentro y fuera de las prisiones stalinistas, determinó que éste concibiera la literatura a lo Visarión Belinski. Si no es aliento de la sociedad ni trasmite sus dolores y temores; si no advierte oportunamente de los peligros morales —alega Solzhenitsin ante el IV Congreso de Escritores Soviéticos (1967)—, la literatura queda como simple fachada, pierde la confianza del pueblo y sus obras acaban por servir de papel de desecho, en lugar de ser leídas.

*Un día en la vida de Ivan Denisovich* distó mucho del sensacionalismo. Solzhenitsin evitó tanto los cuadros de violencia como las peroratas políticas, para concentrarse en una verdad imposible de olvidar y transmitirla tan fresca y completa como le fuera posible. Al efecto pudo haber tomado en préstamo una máxima de Gogol: se debe tratar honradamente a la palabra, porque es el don mayor que Dios ha dado al hombre. Si el permiso inesperado de publicación lo convirtió, como señalara Tvardovsky, en uno de esos fenómenos literarios que marcan un antes y un después, fue porque se expresaba una persona de talento y valor. El crítico Arkadii Belinkov observó ya que Solzhenitsin introdujo en la composición literaria rusa ideas desconocidas o enterradas acerca del bien y el mal, la vida y la muerte, el individuo y la sociedad.

Ivan Denisovich reflexiona que lo mejor del campo de prisioneros es que se tiene mucha libertad. Los héroes solzhenitsinos nunca dejan de vivir las experiencias de la integridad: reconocen el valor de una lata de sopa o de una hora de paz, aprehenden el significado de la amistad y el sentido mismo de existir...

Para el autor, la verdad no es cuestión filosófica enrevesada, sino aquello que debe reemplazar a las mentiras del presente. Así predica una suerte de responsabilidad social, porque no estar libre de la sociedad, sino en ella, presupone que se le diga la verdad a la gente, tal y como todos esperan. Muchas de sus obras recalcaron que si década tras década no se permite contar lo que uno está viendo con sus propios ojos, los cerebros se tornan irreparablemente obtusos, al punto de que casi resulta más difícil entender a un compatriota que a un extraterrestre. Solzhenitsin contribuyó, por lo menos, a disminuir ese peligro.

#### FRAGMENTOS DE OTRAS OBRAS (A MODO DE ILUSTRACIÓN)

Un tal Kozhevnikov, galardonado con el premio Stalin. Éste era A. Kozhevnikov, pero también había un S. Kozhevnikov y un V. Kozhevnikov. Diomka se quedaba pasmado al ver cuántos escritores había. En el siglo anterior hubo unos diez, todos ellos grandes, en éste hay miles: se cambia una letra y se tiene otro escritor. Hay un Safronov y asimismo un Safonov, al parecer más de uno. Y, ¿sería Safronov el único Safronov? Nadie podría leer entonces todos sus libros. Y no parece importar mucho cuál escoger. (*Pabellón de cancerosos*)

Cada vez que empezaba algo de cierta envergadura, se prometía a sí mismo y le decía a sus amigos que esta vez no haría concesiones a nada ni a nadie, que esta vez sí escribiría un libro auténtico (...) Pronto se percataba de que no escribía solo, que la persona para quien escribía flotaba ante él (...) Esta persona no era el lector, el camarada o el amigo, ni tan siquiera la crítica en general. Era siempre el crítico más importante de Moscú (...) Así que, párrafo tras párrafo, se esforzaba por anticiparse a las objeciones y adaptarse a ellas. (*El primer círculo*)